

fuera para que se escapase sin tomarse siquiera el trabajo de abrir.

—Aquello sí que fué grande..... la ventana tenia reja, no pudo salir por ella; y la puerta cerrada por fuera, se encontró del mismo modo. ¿Quién la sacó?

—Esa es una pregunta que yo hago hace quince años, sin poder encontrar quién la conteste.

—Misterios impenetrables que es preciso olvidar, no hay mas remedio; hacer otra cosa sería volverse locos.

—Tiene V. razon; pensemos en Blanca la Estranjera.

—Otro misterio; pero que no nos atañe, y nos entretendremos en descubrir siquiera por curiosidad.

—Ahora tengo la ocasion en la mano: podemos penetrar en su palacio y admirar las maravillas de aquel mágico eden, sin comprometernos. ¿Quiere V. ser de los nuestros?

—Con mucho gusto; siempre que en nada pueda perjudicarnos.....

—No hay cuidado; cuento con un medio segurísimo.

—En ese caso, estoy pronto; cuando V. guste.

—Ya le avisaré: será probablemente en la semana próxima.

—Corriente. ¿Tiene V. alguna cosa que mandarme?

—No, señor, mil gracias; memorias á su sobrinita, y otra vez no me oculte V. á sus parientes; sabe cuanto le aprecio, y que me consideraré muy honrada con que me presente esa hermosa niña; será amiga de mis hijas.

—¿Y quién ha dicho á V. que yo tengo una sobrina?

—Todo se sabe.

—Pero á V. ¿quién se lo ha dicho? preguntó con insistencia.

—Mi noticiera.

—¿Y se puede saber quién es?

—No, señor. Tambien hay misterios en mi casa, y ese es uno.

—Entonces tambien habrán manifestado á V. que aunque pasa por mi sobrina, no lo es.

—No han llegado á tanto las noticias; mas ya lo habia yo sospechado.

—Tiene V. mucha penetracion.

Don Severo al decir esto se inclinó con galanteria, esclamando con una irónica sonrisa:

—Señora, á los piés de V.

—Nos veremos, D. Severo, le contestó la dama en acento de desafío, lanzándole una mirada de ódio.

—Estoy á sus órdenes, contestó, desapareciendo del salon.

—¡Miserable! murmuró la marquesa entre dientes..... ¡venenoso reptil, ¡yo aplastaré tu inmunda cabeza!...

Quedó un rato pensativa, como si la acometiera alguna idea. Luego esclamó:

—¡Qué magnífico pensamiento! una de las condiciones del trato con los negros ha de ser que le metan en la leonera, donde tan mal rato ha pasado Maravillas.

Se frotó las manos gozosa, dirigiéndose á su gabinete.

—¿Ha venido Chicharra? preguntó á una doncella.

—Hace un rato que espera las órdenes de V. E., contestó la jóven.

—Que pase.

Dos minutos despues se presentaba ante ella un viejo que parecia un muchacho.

Figúrense mis lectores un hombrecillo de cuatro piés escasos de altura, flaco como la estatua de la golosina, con una cabeza diminuta y una carilla de un niño. Llevaba el cabello partido por la mitad y escrupulosamente peinado. Vestia un traje, que sin ser el de la librea de la casa, se le asemejaba un poco. Consistia en un pantalon gris claro y levita abrochada, azul oscuro, con boton de plata: gorra de paño, elegante y de graciosa forma, sin galon ninguno, ostentando únicamente encima de la visera un escudo con las iniciales M. B.

Era el criado de preferencia de la marquesa, no ocupándole en ninguna clase de trabajo, sino en los que aquella le confiaba particularmente.

Su apodo de Chicharra, habíale sido puesto á consecuencia de su voz áspera y muy semejante al chirrido de este insecto.

—Acércate, Diminuto, y dime qué noticias traes, le dijo la mar-

quesa designándole de aquel modo, cosa que hacía pocas veces, y solo cuando estaba de buen humor.

El hombrecillo se acercó con la gorra en la mano y aguardó á que su señora le volviera á preguntar.

—¿Has descubierto dónde vive Tragabombas?

—No, señora; pero sé dónde puedo encontrarle siempre que nos haga falta.

—¿Le has hablado?

—Mas de una hora estuvimos en conversacion en la taberna de Chupasangre, el torero, que es donde él vá todas las noches.

—¿Y le anunciaste mi proyecto?

—Sí le anuncié; mas es tan incrédulo y desconfiado, que quiere oirlo de la boca de V. E., y no pude hacer que me revelase ni una sola palabra acerca de la chica.

—¡Bribon! se propondrá acaso explotar mi bolsillo como el de D. Severo.

—Eso por supuesto; es un tuno de marca mayor.

—¿Y qué le has dicho?

—Que consultaria con V. E., llevándole su resolucion esta misma noche.

—Bien; pues le dices que le aguardo mañana á las diez de la noche; y cuidas de introducirle por la puertecilla del jardin y me llamas: bajaré á la galería del salon de retratos.

—Vuecencia será servida.

—¿Y qué otra cosa has podido averiguar con respecto al fraile?

—Todo cuanto hace, que me ha relatado la charlatana de su ama de llaves.

—¿Qué clase de muger es?

—Una vieja lechuzca, glotona y habladora, como ella sola.

—¿De qué medios te has valido para trabar conocimiento con ella?

—Muy seneillo; fingiendo que la conocia de mucho tiempo y sacando de mentira, verdad, agregando á estas sutilezas un poco de astucia, un mucho de galantería y varios obsequios que acabaron de rendir á mi favor el ánimo de la Marizápalos.

—¡Tú te pintas solo para estas cosas!

—Y cuando redundan en beneficio de mi señora, pongo en tortura mi ingenio, no descansando hasta conseguir el objeto que me propongo.

—Ya sé que eres un criado muy leal, por eso te distingo entre todos, confiándote las comisiones mas delicadas: creo no me arrepentiré de la eleccion.

—¡Oh! por mi parte, señora, ofrezco á V. E. no desmerecer jamás, ni hacerme indigno de la bondad que me dispensa.

—Allá veremos; y dime, ¿qué noticias te ha dado la tia Lentejas de la niña?

—Muy contrarias á las del otro día. Ahora dice que fray Severo no la puede ver ni pintada, y la trata peor que á una esclava.

—Sin duda no corresponde á su amor y por eso la odia.

—¡Quién sabe! esa era una idea que no se le habia ocurrido á la tia Lentejas, hasta que yo la indiqué la probabilidad de que el viejo se hubiese enamorado de ella, y no siendo correspondido, concluye por aborrecerla, á lo cual me contestó que se informaria por si mis sospechas salian ciertas.

—Bien, cuida de tenerme al corriente de todo cuanto puedas saber, y averigua qué clase de visitas tiene y si su vida es metódica ó desarreglada, así como los trabajos á que se dedica con mas afán.

Chicharra se inclinó, disponiéndose á salir.

La marquesa le detuvo con un signo, diciéndole:

—Escucha: Maravillas acaba de salir de aquí: ¿le has visto?

—Sí, señora; le conozco perfectamente.

—Pues mira, quiero que le vigiles tambien y sepas todo lo que hace. Mañana le encontrarás, quizá, disfrazado en la taberna de Chupasangre; escucha todo cuanto hable, y observa sus acciones.

—Corriente; no perderé ni palabra ni movimiento alguno suyo.

—Otro encargo todavia.

El criado volvió á detenerse.

—En el salon azul, ha quedado sobre la mesa un retrato de se-

ñora; cógele y le subes á la buhardilla trastera; dejándole colgado del revés, es decir, la pintura contra la pared, ¿entiendes?

—Sí, señora. Voy en seguida á ejecutar sus órdenes. ¿Tiene vucencia alguna otra cosa que mandarme?

—Creo que no se me olvida nada.

La marquesa quedó pensativa.

El criado salió.

—¡Hola, Cristóbal! hoy ha sido larga la sesión, le dijo una de las doncellas al pasar por la antesala.

—Ya lo creo; si tú estuvieras en mi puesto, maldito lo que te gustaria, porque me manda cien cosas á la vez.

—Para eso eres criado de confianza.

—Y tú la doncella favorita: no tienes que envidiarme.

—Pues el favoritismo de poco nos vale; á cualquiera se lo cedo gustosa, porque la buena señora, sobre ser miserable y raquítica como ella sola, nos está fastidiando todo el día, á tí con encargos, y á mí poniéndola los bucles postizos, los algodones, los dientes, y lo que mas me incomoda, pintándola el cútis todo el santo día.

—Y ahora que hablas de pintura, voy á llevar el retrato á la buhardilla.

—¿Qué retrato?

—Uno que me ha dicho encontraré sobre una mesa en el salon azul.

—¡Jesús..... ¡qué herejía!.... y es el de la marquesa difunta, ¡pobre señora! en qué poco precio tiene tu memoria la que disfruta tu palacio y tus bienes.....

—En verdad que es una picardía eso, y mas con la particularidad de que he de colocarlo contra la pared.

—¿Eso mas? exclamó la doncella indignada.

—Toma; milagro ha sido que no le ha mandado quemar, dijo Chicharra dirigiéndose al salon con ánimo de cumplir las órdenes que habia recibido.

La jóven le siguió.

CAPITULO XVII.

Martinica.



—¿Vas á salir, Cristóbal? le dijo la doncella.

—Si quieres algo.....

—Que me ayudases á limpiar la pajarera; yo en cambio te subiré el retrato á la buhardilla.

—Lo admito; pero ahora no puede ser; cuando vuelva.

—¿Tienes alguna comision urgente?

—Es la hora en que veo á una Marizápalos que me suministra ciertas noticias interesantes.

—Anda, cuéntame esos misterios; ya sabes que yo no soy habladora como las otras doncellas, y no debes temer revele tu secreto.

—Ya lo sé; en tí tengo mucha confianza, y te quiero porque no imitas á los demás criados, burlándote de mí y llamándome con ridículos apodos.

—Pues no faltaba mas; á qué habia yo de ridiculizarte, cuando eres tan bueno, tan franco, tan comunicativo.

—Ya se vé que sí; y contigo no tengo secretos.

—Lo mismo le sucede á la señora; aunque tiene sus rarezas, para mí es muy buena, todo me lo cuenta; por ejemplo, esta mañana me decia: «no puedo ver á D. Severo, me es odioso.» y qué sé yo cuántas cosas mas me dijo. Sin duda á consecuencia de ese ódio, me manda celarle día y noche, averiguando todos los secretos de su casa.

—No sé qué mala pasada les ha jugado ese mal bicho.

—Y lo que preocupa mucho á la señora es la sobrinita; hay un majo de Lavapiés, llamado Tragabombas, enterado en ese secreto, y tengo que introducirle aquí mañana por la noche, cuando nadie le vea, para que hable con la señora.

—¿Y esa sobrinita es la que tiene D. Severo en su casa?

—Por supuesto, como si fuera una hija.

—¡Pobrecilla! ¡y qué buena es!... exclamó la doncella con candidez.

—¿La conoces?... preguntó Diminuto admirado.

—Es claro; la veo casi todas las noches en casa de mi madrina la señora Marciana, que vive en la casa contigua á la de D. Severo.

—¡Qué fortuna!... entonces me podrás ayudar en esta especie de espionaje á que me destina la señora.

—Desde luego haré por tí lo que pueda.

—Mil gracias, Martinica.

—¿Y qué otra cosa se ha mandado?

—Que observe tambien á Maravillas; sin duda no tiene mucha confianza en él.

—¡Válgame Dios! ¡cuántos misterios se ven en estas casas!... yo que no estaba acostumbrada, me admiro cada vez mas.

—¿Tú no has servido nunca?

—No: mi infancia y mi juventud se ha deslizado tranquila y feliz al lado de mi padre, que era un empleado en Hacienda. Atendió á mi educacion con un esmero superior á todo encarecimiento, y me hubiera dejado bien colocada; pero, amigo mio, la muerte trastorna los planes mejor pensados. Murió, dejándome sola y sin recursos de ninguna especie, despues de haber agotado en su en-

fermedad cuantos muebles y efectos teníamos de algun valor. Afortunadamente, mi buena madrina, que es una santa muger, me recogió en su casa, donde permanecí mas de dos años, hasta que ella misma me colocó aquí de primera doncella de la marquesa.

—Pues acostumbrada á vivir en tu casa, sentirás de una manera insoportable el hábito de la servidumbre.

—¡Ya lo creo!.... pero ¡qué hacer!.... no tengo otro recurso que ganarme la subsistencia sirviendo ó siendo gravosa á la señora Marciana, lo cual no haré nunca, porque ella tiene tres hijos á quienes atender y colocar; bastante ha hecho por mí con los beneficios que me ha dispensado y sigue dispensándome diariamente.

—Pues á mí no me ha sucedido lo mismo; yo, desde pequeñito estoy acostumbrado á servir, y por mi desgracia, cuando encontré unos amos que me querian como á un hijo, y en cuya casa estuve seis años, fuí acometido del cólera, me llevaron al Hospital, y cuando me puse bueno y volví á buscarlos, todos habian desaparecido, encontré la casa cerrada.

—¡Pues cómo!.... ¿murieron tambien?....

—Todos, sin quedar uno; y es de advertir que eran diez de familia.

—¡Qué horrible desgracia!

—¡Pobre amo mio! aquel sí que era un santo; ¡y su bendita muger!.... ¡no digo nada!.... ¡tan bondadosa! ¡tan caritativa!

Diminuto se enjugó dos lágrimas.

—Cuando son tan buenos, no se puede ménos de quererlos toda la vida. ¿Y eso sería el año 34? dijo Martinica.

—Sí, el 17 de Julio; la señora, que estaba delicada todavia de resultas de un parto en que dió á luz dos niñas, fué la primera que cayó; despues dos niños de doce y quince años, luego los abuelos, una hermana de la señorita, otro hermano del señor, y por último éste; le dejé agonizando, fué acometido del contagio, y me llevaron al Hospital; solo quedaron buenos la niña de pecho y un niño de dos ó tres años.

—¿Y murieron tambien?

—Sin duda. Los vecinos me dijeron que mi amo habia dejado

por heredero á un caballero amigo suyo, el cual se apresuró á vender cuanto habia en la casa.

—¿Y no supiste su nombre?

—Ni lo pregunté siquiera. Unicamente procuré informarme si habia muerto tambien la niña que se criaba en el pueblo, que era una de las gemelas, y me contestaron, «cuando ha heredado un extraño, prueba que no queda nadie de la familia.» Esta razon me convenció, al propio tiempo que de aquella inmensa desdicha, de la mia, porque desde entonces he servido en infinitas casas, no encontrando en ninguna la bondad y la consideracion que en la de Alvarez Leal.

—¡Qué dices!.... ¿cómo se llamaba tu amo?... preguntó con ansiedad Martinica.

—Don Juan Alvarez Leal.

—¿Y no sabes quién fué su heredero?....

—Ya te he dicho que no lo pregunté siquiera.

—¿Deseas saberlo?

—Me es indiferente.

—Acaso te convenga. Es el mismo á quien la marquesa te manda espiar.

—¿Maravillas?....

—No, fray Severo.

Diminuto quedó un rato pensativo, luego exclamó:

—Por eso yo recordaba haberle visto en otra parte y no sabia dónde.

—¿Y dices que tenian una niña criándose en un pueblo?

—Sí, en Vallecas; precisamente se la llevaron el dia antes de aparecer en Madrid aquel funesto cólera.

—¿Recuerdas su nombre?

—Nunca he olvidado los de mis bienhechores, menos olvidaré el de sus hijos..... se llamaban las dos gemelas Silvia y Renata.

—Este último ¿era el de la niña que se criaba en Vallecas?

—Sí; ¿pero por qué me preguntas eso con tanta agitacion?

—Porque la jóven que tiene D. Severo en su casa y pasa por sobrina suya, se llama Renata.

—Pues mira, ¡es una coincidencia bien rara!... ¡y él disfruta sus bienes!... ¡Oh! ¡qué idea! ¡si será ella!...

Ambos quedaron pensativos.

Una campanilla resonó en lo interior.

—¡Oh! ¿me llaman?... exclamó Martinica; adios, luego hablaremos. Mira, me llevo el retrato á mi cuarto, despues le subiré á la buhardilla. Puedes marcharte tranquilo.

—Gracias, amiga mia; me voy corriendo, pero es á averiguar si es efectivamente mi pobre niña.

El leal criado se alejó, enjugándose las lágrimas que se habian desprendido de sus ojos.

Se dirigió á la calle de Embajadores, donde estuvo mas de dos horas paseando por enfrente de la casa que habitaba D. Severo.

Dos objetos llevaba: el uno hablar á la tia Lentejas, el otro ver á la chica y observar si por la fisonomía sacaba algo en consecuencia.

Ni uno ni otro pudo lograr, porque el ama de llaves no salió de casa de Marciana, entrándose en la suya por la puerta del jardín, que ponía en comunicacion los dos patios.

Al anoecer, salió fray Severo; Diminuto, segun las órdenes que tenía, siguió tras él, dispuesto sin embargo á trabajar por cuenta suya.

Entretanto Martinica fué al cuarto de la marquesa, la vistió para paseo y en seguida que tuvo un momento libre, se fué á su cuarto rápida como el relámpago.

Como primera doncella, y con gran recomendacion que habia entrado en la casa, tenía su habitacion separada, independiente de las demás.

Era un gabinetito no muy grande, con balcon al jardín; sencillamente amueblado, con una alcoba donde se ostentaba un lecho blanco y sencillo, á la cabecera se veía un Cristo de marfil, lo cual demostraba los sentimientos de la jóven.

La rapidez del diálogo no nos ha permitido dar á conocer detenidamente á la graciosa camarera que Marciana colocó cerca de la

marquesa con el objeto que no podrá menos de conocer el lector, si recuerda la intimidad de Blanca con la noble anciana.

Ésta la inició en algunos secretos; pero solo los necesarios para que observase con fruto y no pasara ningun incidente desapercibido á su penetracion.

Martinica era una criatura encantadora, de no muy alta estatura; pero bien formada, llena de carnes, morena, con cabello y ojos negros.

Tenia una gracia infinita; su conversacion siempre viva y alegre, denotaba en ella el buen humor de que se hallaba constantemente animada.

Dotada de sentimientos muy generosos y de un carácter muy independiente, sufría el papel á que se la destinaba cerca de su señora, porque llegó á comprender que la causa de Blanca era noble y justa; además, hallándose en relaciones amorosas con un hijo de Marciana, no tenia otro remedio que obedecer las órdenes que ésta le daba, las cuales emanaban casi siempre de un poder mas alto.

Apenas entró en su cuarto, corrió á ocultar en la alcoba el retrato que en su precipitacion por acudir al llamamiento de su ama, dejó en la primera pieza.

Le cubrió con un lienzo, escondiéndole entre los vestidos que tenia colgados en una percha. Despues salió al gabinete, y sentándose delante de una mesa donde tenia recado de escribir, tomó papel y puso la siguiente carta:

«Mi querida madrina: ¡grandes noticias! ¡cosas estupendas! prepárese V. á saber ciertos pormenores que la asombrarán sin duda al mismo tiempo que la llenen de indignacion, como me sucede á mí.

»Hoy ha sido mandado llevar el retrato de la difunta marquesa á la buhardilla entre los trastos viejos, colocándole con la pintura contra la pared; me pareció un sacrilegio horrible y le escondí en mi cuarto, esperando que la *señora* disponga de él.

»Otra: Don Juan Alvarez Leal dejó tres hijos, un niño de tres años, y dos gemelos de pecho; la una desapareció con el niño, la

otra, cuyo paradero han ignorado Vds. siempre, se criaba en Vallecas, se llamaba Renata y puede muy bien ser la misma que tiene el fraile en su casa. Diminuto servia por aquella época en la de Alvarez Leal y puede suministrar datos importantes.

» Este leal criado, que es un pobre hombre, de escaso entendimiento, pero con un corazón muy sano, es el encargado por la marquesa para vigilar á D. Severo y á su sobrina, y muy especialmente á un tal Tragabombas, á quien debe traer mañana á las diez de la noche para que hable con la marquesa, pues segun parece, solamente él está enterado del secreto de la niña; la marquesa sin duda quiere hacerle cantar por medio de la seducción.

» En Maravillas tampoco tiene confianza, pues le hace espiar. He descubierto que no le ama ni jamás le ha concedido el mas ligero favor; le retiene cerca de sí únicamente como un instrumento para sus designios.

» Memorias á los chicos; un beso á Ernesta, y V. disponga de su respetuosa servidora, que de veras la quiere.

Martinica.»

Cerró la carta, la puso un sobre, y echando sobre sus hombros una manteleta negra, bajó á buscar un mozo de su confianza que la llevase á su destino.

Mientras esto sucedia, Marciana se hallaba en conversacion con su amiga la tia Lentejas.

Despues de haberla visto engullirse un gran jicaron de chocolate con bizcochos, la preguntó:

—Y dime, ¿cómo no bajó anoche la pobre Renata?

—La pobrecilla está mala; si ese pícaro viejo la mata á disgustos y á golpes.

—¡Jesús! ¡qué hereje!.... ¿pues en qué le ofende la infeliz?....

—Yo no lo sé; ello es que la odia con sus cinco sentidos.

—¡Habrás visto semejante bribon!....

—Ayer, porque traté de defenderla, me amenazó con despedirme.

—Eso nunca..... tú debes permanecer á todo trance en la casa; yo procuraré salvar á esa desgraciada y necesito tu cooperacion para salir adelante con mi plan.

—Cuenta conmigo; haré por tí cualquier sacrificio; ordena y te obedeceré; no me importa quedar mal con ese mísero fraile, teniendo en tí una buena amiga que no me dejará nunca desamparada.

—Sí; confía en mí; cuando él te falte, vivirás en mi casa como una hermana.

En esto llamaron á la puerta.

—Ernesta, mira quién llama, dijo Marciana á la jóven, que cosa en la habitacion inmediata.

—Me marchó, no sea visita; ¿tienes la llave? me iré por la puerta del patio y no tengo necesidad de salir á la calle.

—Aquí está, tómala; al anoecer subiré y hablaremos.

—Corriente, adios

La vieja desapareció por una puerta; al propio tiempo entraba por otra Ernesta con una carta en la mano.

—Madre, para V.; y la letra es de Martinica, dijo entregándosela.

—Dame; ¡qué nuevas me comunicará!....

Se puso las gafas, y acercándose á la ventana, la leyó con visible sorpresa.

—¡Oh! ¡esto es grave!.... ¡esto es grave!.... ¡infame!.... murmuró con el calor de una santa indignacion.

La jóven, acostumbrada á respetar los secretos de su madre, la miraba sin decir una palabra.

—Ernesta, gritó como si no la viera delante; tráeme pronto mi mantilla, voy á salir.

Luego añadió entre dientes:

—Es preciso que la señora determine.

—Aquí está todo, dijo la jóven apareciendo: la mantilla, el abanico y los guantes.

Se la puso continuando muy preocupada:

—¿Volverá V. pronto, madre? se atrevió á preguntarla su hija.

—No lo sé; cierra la puerta y no abras á nadie hasta que vengan tus hermanos.

—Vaya V. descuidada, que así lo haré.

Marciana salió á la calle, dirigiéndose con paso precipitado al palacio de Blanca la Estranjera.

CAPÍTULO XVIII.

El doctor negro.



MUELLEMENTE reclinada en una otomana, hallábase Blanca la Estranjera la tarde en que ocurrían los sucesos que acabamos de referir.

Como estaba tranquila en su retirado gabinete, sin temor de ser sorprendida por nadie, aparecía en su figura natural sin disfraz ninguno.

De esta manera representaba todo lo mas veintiseis años. Era blanca como la nieve, con hermosos cabellos rubios. La particularidad de tener los ojos y las pestañas negras, añadian á su espresiva fisonomía un encanto indecible; circunstancia que la favorecía mucho cuando quería aparecer morena, asemejándose á su noble madre la difunta marquesa de Blancarosa.

Creo que mis amables lectores habrán conocido ya que Blanca no era otra que aquella interesante Alejandrina que vieron en el prólogo de esta novela, afligida y desesperada por el asesinato de su padre.

Ahora bien: bajo este supuesto, continuemos, que ya en ocasion

mas oportuna les haremos conocer todas las aventuras de su vida.

Vestia un traje de glase azul guarnecido de encajes negros, ostentando graciosamente entre los dorados bucles de su cabellera algunos lazos de perlas.

Tenia la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, la mano izquierda en la mejilla, y la derecha estendida á lo largo de la falda. Su ardientísima y profunda mirada, clavada en los frescos del techo, parecía como si quisiera atrevesar aquel espacio para fijarla en el cielo, buscando en él un objeto que vivía constantemente en su alma.

La puerta de la estancia se movió un poco, y detrás resonó una voz tímida y dulce que pedia permiso para entrar.

La jóven, abismada en su meditacion, no la oyó; entonces se escuchó un sonido metálico, pero muy leve.

La jóven, sin variar siquiera de postura, exclamó:

—¿Eres tú, Lindora?

—Sí, querida ama mia; yo soy.

—Ven, acércate.

La jóven y graciosa doncella, aproximándose á su señora, fijó en ella su mirada con escrutadora insistencia.

La inmovilidad de Blanca continuaba, sin embargo estendió la mano, que apresurándose á besar la doncella, la retuvo entre las suyas, cayendo de rodillas á los piés de la melancólica dama.

—¡Oh! ¿qué teneis?... murmuró con una voz tan dulce que parecía un suspiro; ¡siempre esa tristeza!....

—Lindora mia; ¡no ves allá á lo léjos aquellos bosques inmensos!.... ¡y las canoas de los salvajes bajando por el lago!.... ¡Oh!.... ¿Qué hacen?... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué horror!.... ¡han clavado una flecha en el pecho de fray Benigno!.... ¡perdon!.... ¡perdonadle!....

—¡Señora! ¡ama mia!.... despertad; no estamos en América.

—¡Ah!.... ¡déjame!.... ¡déjame! ¡Con los ojos del alma estoy viendo aquel pais que tanto amaba!....

—Sí, ¡pero delirais y ese delirio es peligroso!.... ¡trastorna la razon!.... volved en vos y escuchadme.

—No temas, no temas; ¡cuando ya no me he vuelto loca!.... sufro mucho; ¡ya no puedo mas, Lindora mia!.... ¡mi corazon es pequeño para soportar un dolor tan agudo, es muy estrecho para abrigar una pasion tan grande!....

Estas últimas palabras las dijo en una voz tan baja, que apenas se percibian. Inclino la cabeza sobre la de su doncella, que permanecia arrodillada, y murmuró á su oido con voz lenta, grave y sonora:

—¿No es verdad que es muy hermoso, muy grande, con esa auréola de santo que circunda sus sienes?.... Por él, por salvar su vida he perdido mi dicha, mi tesoro, la felicidad eterna de mi alma, y el ingrato me acusa, me desconoce y huye de mí!.... ¡se aleja!.... ¡cruel! ¡ay! ¡ignora que le adoro!.... ¡y que tengo un infierno en el corazon!.... ¡Lindora mia!.... ¡Lindora!....

—¡Oh, ama mia! ¡calmaos!....

La fiel doncella lloraba amargamente, y sin duda como el llanto es contagioso, brotó tambien de los ojos de Blanca un torrente de lágrimas.

Las dejó caer sin cuidarse de enjugarlas.

Lindora cogió un pañuelo de riquísima batista que estaba sobre un sillón y se las limpió amorosamente con el tiernísimo cariño de una madre á la hija de sus entrañas.

—Tú me quieres, Lindora, ¿no es verdad?

—¡Daria por vos mi alma, mi existencia!.... ¡en vos están reconcentrados todos los afectos de mi corazon!.... ¡todas las ilusiones de mi mente!.... ¡todos los sueños de mi fantasía!.... ¡sois mi único,.... mi esclusivo amor en la tierra!....

—Dichosa tú, que no has conocido esa pasion que enerva las fuerzas, apaga la inteligencia y debilita la razon; ¡ese amor sin esperanza!.... ¡esa pasion inmensa que se estrella ante la insuperable barrera del deber! A mí la sociedad, las leyes me dicen «no puedes amarle sin ser criminal» y sin embargo, mi corazon se rebela contra esa tiranía y le ama con todo el entusiasmo, con todo el ardor de que es capaz. Aquí no entra para nada la voluntad ni la razon. ¡Yo quiero aborrecerle, lo deseo!.... ¡y qué me vale que-

rer, si no puedo!.... si su sola presencia me estremece, sus palabras me turban, y sus miradas, penetrando en lo íntimo de mi alma, la conmueven hasta lo infinito, infiltrando en todo mi sér una emocion abrasadora y febril que me vuelve loca!....

—¡Olvidadle, señora mia!.... olvidad esas quimeras irrealizables; recordad que estamos en la tierra, donde todo es inconstante: séalo tambien vuestro amor; fijaos en otro hombre, ¡tantos como os aman! y sed feliz.

—¡Nunca, Lindora!.... mi amor es hijo del alma, y el alma no pertenece al mundo.

—¡Os condenais á una eterna desgracia! ¡olvidadle!....

—¡Jamás! ¡imposible! no cabe olvido en la pasion que se encarna en mi sér como el espíritu en la materia.

Un golpecito dado con suavidad en una de las puertas que comunicaban con el salon, las distrajo de su conversacion.

—Mira quién llama, dijo Blanca procurando reponerse.

Lindora se levantó.

Acercóse á la puerta, y cambiando algunas palabras con Emma, volvió diciendo á su señora:

—Marciana desea ver á V. E.

—¡Marciana! ¿qué habrá ocurrido?.... exclamó con sorpresa; que pase enseguida.

Emma, que permanecia de pié en el dintel de la puerta, se alejó, regresando poco despues acompañada de Marciana.

Las doncellas desaparecieron, dejando á su señora sola con la recien llegada.

—¿Cómo por aquí, mi buena Marciana? ¿ha sucedido algo?

—Creo, señora, que esta carta disculpará mi intempestiva venida, dijo la anciana presentando la de Martinica.

La jóven la leyó; luego exclamó en el calor de la mas santa indignacion:

—¡Oh, madre mia!.... ¡madre mia!.... ¡qué insulto á tu memoria!.... ¿y esa indigna muger se atreve á dictar órdenes semejantes?.... ¡tu retrato, que es para mí una reliquia, en una buhar-

dilla trastera! ¡infame!.... allí morirás tú consumida por el baldon y la vergüenza.

Sumamente agitada, se levantó, dió unos cuantos paseos por la estancia, sin cuidarse de Marciana, que la miraba con dolorosa tristeza.

—¡Oh! ¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... exclamó al cabo de un rato, dejándose caer en un divan con las manos en la cara y en actitud de una profunda reflexion.

Pasaron algunos instantes.

El profundo silencio que reinó en la habitacion fué interrumpido por las sonoras y lentas campanadas de un reloj que dió las cinco.

Aquel metálico ruido hizo volver á Blanca de su abstraccion. Levantó la cabeza, y fijando sus negros y rasgados ojos en la leal anciana, que por respeto á la noble dama, permanecia de pié, la dijo con un acento trémulo aun por la indignacion que despertára en su alma la carta de Martinica:

—¡Oh, amiga mia!.... mi leal anciana, no estés de pié; ven, siéntate á mi lado, y hablaremos; en mi trastorno ni aun me cuido de tí.

—Estoy bien, señora; V. E. me distingue con demasiada bondad.

—No, no; ven aquí.

La obligó á sentarse á su lado, diciéndola:

—Tú eres una de las personas mas adictas á mí; tengo mucho que agradecerte, y te aseguro que no olvidaré nunca tus desvelos por complacerme y las infinitas atenciones con que me oblgas mas cada dia.

—Cumpro con mi deber, y nada tiene V. E. que agradecerme; al contrario, yo la soy deudora de mi fortuna y de la felicidad que disfruto.

—Eres muy buena; y ahora vas á añadir el colmo á los favores. Es preciso que mi plan adelante, y concluir de una vez con esa turba de miserables.

Blanca volvió á leer la carta y con ella en la mano fué diciendo á Marciana:

—Lo primero de todo, amiga mía, vá á ser avisar á Martini-
ca, que me aguarde esta noche á las once: entraré por el jardín,
quiero colocar el retrato de mi madre en el sitio que le corres-
ponde.

—Está bien: yo misma la daré mis instrucciones para que no
puedan sorprender á V. E.

—Ahora procuraremos salvar á la pobre Renata, sacándola de
las garras del tigre que la tiene asida, sin duda con ánimo de es-
terminarla; pues no le conviene que viva, si ha de asegurar su he-
rencia.

—¿Luego V. E. cree que será la niña que se criaba en Vallecas
cuando murieron sus padres?

—No me queda duda.

—¿Y qué haremos?

—Ya lo verás: por de pronto necesito que se practique en el cuar-
to que habita el fraile, una puertecita secreta que me permita en-
trar y salir sin ser vista.

—Eso será fácil si podemos hacer salir á D. Severo de la casa
durante veinticuatro horas.

—Y si no sale, se echa mano de un narcótico que le haga dor-
mir todo ese tiempo. ¿No tienes propicia á su ama de llaves?

—Sí, señora; pierda V. E. cuidado, que tendrá la puerta den-
tro de tres ó cuatro dias, ó antes si es posible.

—Tambien deseo que tus hijos se hagan íntimos amigos de ese
Diminuto, se apoderen de Tragabombas, atrayéndole á nuestro par-
tido por medio de la persuasion y del dinero. Es preciso que re-
vele todo cuanto sepa con referencia á Renata, y que no lo diga á
nadie, ¿entiendes?... ni aun á la marquesa.

—Comprendo; Diminuto y Tragabombas serán nuestros.

—Corriente: fío en tu discrecion y en el valor de tus hijos.

Marciana se habia levantado para marcharse.

Blanca, dirigiéndose á su secreter, abrió uno de los cajones, y
tomando de un gran bolsillo una buena cantidad de oro, la puso
en otro mas pequeño y se la dió á Marciana.

—Aun no me hace falta; tengo todavía, murmuró ésta como queriendo rehusarlo.

—No importa; tómalo, y nunca rechaces mis dádivas.

El tono con que la jóven pronunció estas palabras no admitía réplica, así fué que, guardándole la anciana, se despidió volviendo á renovar sus promesas de que sería su señora complacida en un todo.

Apenas hubo salido, entró Lindora anunciando al doctor negro.

Instantes despues, se presentaba en el dintel del aposento.

La rapidez de nuestro relato y la multitud de personajes que se atraviesan sin cesar, nos han impedido hacer un retrato detallado del doctor.

Diremos cuatro palabras sobre sus cualidades físicas, dejando las morales para que el lector las vaya conociendo segun avance en la lectura de nuestra novela.

Era de una estatura elevadísima, porte marcial y distinguidas maneras.

A primera vista, advertíase en él, no el tipo de los hijos de Etiopía, sino mas bien el tipo español, gallardo y arrogante.

Tenia los ojos oscuros y con cierta espresion que penetraba hasta el alma. La frente estrecha y deprimida, las mejillas redondas y gruesas, y los lábios gruesos tambien, pero agraciados, porque su boca era pequeña y enseñaba una dentadura blanquísima y perfectamente igual.

Lo que se advertia en él, y que chocaba á primera vista, era que tenia la cabeza demasiado pequeña para su gran estatura. Sin embargo, si su color negro se hubiese tornado blanco, á cualquier muchacha le hubiera parecido un buen mozo.

En su cabeza no aparecian las envedijadas lanas que distinguen á los negros, sino una hermosa y lustrosísima cabellera perfectamente rizada por la mano del peluquero.

A primera vista no podia marcarse con exactitud su edad, pudiendo no obstante asegurarse que no llegaba á los cuarenta años.

Vestia con elegancia y distincion un traje negro, casi siempre de

etiqueta, pues que la noble dama á cuyo servicio estaba, no perdonaba la menor omision en punto á observar con rigor las leyes del buen tono.

Su baston con puño de oro y borlas de seda denunciaba en él al doctor, al hombre de ciencia que ha pasado la mayor parte de su vida entregado á la meditacion y al estudio.

En su semblante y en sus ojos aparecia una espresion marcada de disgusto, de sufrimiento profundo; un prolongado hastío le dominaba, siendo todo en la vida indiferente para él.

Jamás prodigaba una sonrisa. En sus maravillosas curas, cuando un triunfo completo llegó á coronar sus sienes, siendo premiadas sus vigiliyas y sus esfuerzos con honoríficas distinciones, en vez de sonreír halagado por su amor propio satisfecho, se contentaba con lanzar un suspiro exclamando:

—¡Ah! ¡si yo fuera feliz!....

Indudablemente una gran desgracia amagaba su existencia; un dolor profundo, indefinido torturaba su corazon, habiéndose resumido todas sus facultades, las afecciones todas de su vida en un solo pensamiento.

Nunca se conmovia ni se alteraba por nada: encontrábase insensible el dolor ageno; indiferente el género humano, á escepcion de una persona.

Esta persona, como si estuviera dotada de un poder magnético, de un talisman misterioso, era la única que sabía despertar en aquella naturaleza insensible, egoista y helada, las sonrisas y los sentimientos que la convenia imponerle.

Esta persona era una muger.

Solamente ante ella temblaba el doctor, ella sola conmovia las fibras de su alma, afectándole á veces tan profundamente, que con una sola palabra de indiferencia, de enojo ó de desden le arrancaba lágrimas que devoraba con la ferocidad del leon que ruge y tasca su cadena, sintiéndose detenido por un obstáculo insuperable superior á sus fuerzas.

Tal era el doctor.

La muger que así le dominaba era Blanca la Etranjera. Empero